

LA GENERACIÓN DEL 83 EN SU *INTRODUCCIÓN A LA LINGÜÍSTICA*

Xavier Laborda Gil

(Universidad de Barcelona. Facultad de Filología y Comunicación)

laborda.xavier@gmail.com

THE GENERATION OF 83 IN ITS *INTRODUCTION TO LINGUISTICS*

Fecha de recepción: 1.09.2020 / Fecha de aceptación: 18.02.2021

Tonos Digital, 40, 2021 (I)

RESUMEN

En un manual colectivo de iniciación en la lingüística hallamos el retrato que da vida a una época de académicos. Francisco Abad y Antonio García Berrio dirigieron la obra didáctica *Introducción a la lingüística*, publicada en 1983. En ella también participaron los profesores Tomás Albaladejo, Ignacio Bosque, M.^a Teresa Echenique, Rosa Espinosa, José Luis García Arias, Salvador Gutiérrez, Francisco Marcos Marín, Sebastián Serrano, Ramón Trujillo y Alicia Yllera. El manual contenía capítulos sobre lingüística descriptiva: Fonología, Morfología, Sintaxis, Semántica y Lingüística textual. Otros capítulos de lingüística externa fueron los de Psicolingüística, Dialectología, Sociolingüística, Gramática histórica y Lógica matemática. Y se complementaba con una Historia de la lingüística y un apéndice sobre las lenguas minoritarias en España. Por déficits pedagógicos y doctrinales la obra no mereció la atención de los estudiantes. Hoy, la interpretación de esa obra docente muestra las cualidades excepcionales de una iniciativa corporativa. A pesar del fracaso sufrido en ese intento de conciliación

científica, el recuerdo del libro colectivo de 1983 proporciona una imagen sumaria de una generación de lingüistas.

Palabras clave: historia de la lingüística, manual docente, introducción a la lingüística, Francisco Abad, Antonio García Berrio, generación de 1983.

ABSTRACT

"The Generation of 83 in its *Introduction to linguistics*". In a collective manual of initiation in Linguistics we find the portrait that gives life to an era of academics. Francisco Abad and Antonio García Berrio edited the educational work *Introduction to Linguistics*, published in 1983. It was also attended by teachers Tomás Albaladejo, Ignacio Bosque, M.^a Teresa Echenique, Rosa Espinosa, José Luis García Arias, Salvador Gutiérrez, Francisco Marcos Marín, Sebastián Serrano, Ramón Trujillo and Alicia Yllera. The manual contained chapters on descriptive linguistics: Phonology, Morphology, Syntax, Semantics and Textual Linguistics. Other chapters of applied linguistics were those of Psycholinguistics, Dialectology, Sociolinguistics, Historical Grammar and Mathematical Logic. And it was complemented by a History of Linguistics and an appendix on minority languages in Spain. Due to pedagogical and doctrinal deficits, the work did not deserve the attention of the students. Today, the interpretation of that teaching work shows the exceptional qualities of a corporate initiative. Despite the failure suffered in that attempt at scientific conciliation, the memory of the 1983 collective book provides a summary image of a generation of linguists.

Key words: history of linguistics, teaching manual, introduction to linguistics, Francisco Abad, Antonio García Berrio, generation of 1983.

INTRODUCCIÓN: LA OBRA DE 1983

Nuestro comentario trata de un manual de lingüística de 1983 que incomprensiblemente ha quedado en el olvido. Su título, *Introducción a la lingüística*, tan sobriamente descriptivo y común, no permite distinguirlo de entre muchos otros que ofrecen una iniciación en la materia. Esta obra, firmada por doce lingüistas españoles y coordinada por Francisco Abad y

Antonio García Berrio, no obtuvo reconocimiento ni atención. Su rastro se disolvió en un panorama competitivo de figuras internacionales y de preferencias doctrinales. Sin embargo, en esa obra colectiva están inscritos los ideales docentes y científicos de un grupo generacional del 83. Los autores de este particular libro blanco de la lingüística en España, además de los coordinadores, son Tomás Albaladejo, Ignacio Bosque, M.^a Teresa Echenique, Rosa Espinosa, José Luis García Arias, Salvador Gutiérrez, Francisco Marcos Marín, Sebastián Serrano, Ramón Trujillo y Alicia Yllera.

El propósito de esta revisión es considerar cómo la historia puede mostrar pliegues de la memoria que dan referencias sobre la trayectoria de los lingüistas y el signo de su época. El comentarista recuerda la exhortación que le hizo un académico incitándole a la búsqueda de tesoros de la lingüística, cuando inició un estudio sobre su historia. Imaginaba que la investigación debía descubrir piezas desconocidas y valiosas, obras que enlazas en pasado y presente como quien discurre por un pasadizo secreto. Esta concepción épica es una torsión del ideal romántico de cierta historiografía, que reconoce antecedentes con interesada credulidad.

La elección de esta cuestión del manual de 1983, es decir, de una obra reciente, didáctica y de incierta influencia, contradice el consejo del maestro. Pero quizá no contradiga su sentido, para aclarar la idea de que la historia busca puertas en el tiempo para descubrir vistas originales. Parece improbable que en las páginas de un manual introductorio se halle una novedad reseñable. No obstante ello, la responsabilidad del comentarista consiste en dedicarse a lo que le merece crédito, persuadido como está de que el tiempo es un artífice de la descomposición.

La elaboración de un manual de introducción a la lingüística es una tarea meritoria, no solo por la evidente utilidad que se propone, sino por algunas dificultades en su confección. La primera razón de la dificultad nace del género de la didáctica y sus exigencias. La claridad y sencillez de estilo son cualidades apreciables cuando dan voz a un guion diverso y ágil, provisto de secciones de exposición, práctica y examen del aprendizaje. Otra razón surge de las características de la lingüística, de cuya historia reciente, rica en escuelas y controversias, extraen una advertencia los autores. La lingüística ha experimentado cambios considerables en sus principios,

objetivos y desarrollos, de modo que la discusión entre sus comunidades es una dinámica constante. La pugna de paradigmas, que es ley incontestable de la ciencia, parece brillar acerbamente en períodos recientes de la lingüística.

DOCENCIA EN CORPORACIÓN

La lingüística se nutre de la faceta de sus tratados sistemáticos. El ámbito de los manuales introductorios es uno de sus capítulos más exuberantes. La revisión de sus títulos y sus rasgos persuade al lector de la existencia de múltiples lingüísticas con pedagogos como C. Hockett (*Curso de lingüística moderna*, 1958), J. Lyons (*Introducción en la lingüística teórica*, 1968), F. Rodríguez Adrados (*Lingüística estructural*, 1969), J. Roca Pons (*El lenguaje*, 1973), R. Lapesa (*Comunicación y lenguaje*, 1977), A. Akmajian y otros (*Lingüística: una introducción al lenguaje y la comunicación*, 1979) o, llegando a los autores de nuestro comentario, Abad y García Berrio (1983). Francisco Abad y Antonio García Berrio coordinan la edición de *Introducción a la lingüística*. Esta obra colectiva, en que participan doce lingüistas, se redacta entre 1979 y 1980, pero una lenta edición retrasa la publicación hasta 1983.

El manual responde a un dibujo compositivo de aire tradicional en sus contenidos y de gusto por la simetría en su distribución. Su índice muestra el perfil de una construcción a dos aguas, con dos porches adosados a su fachada anterior y posterior. Es decir, que consta de dos partes extensas y centrales, acompañadas de unos anexos. El anexo de bienvenida o pórtico es una Historia de la lingüística de Alicia Yllera. A continuación, una parte principal se ocupa de la lingüística descriptiva. Contiene cinco capítulos, que versan sobre lo siguiente. Son la fonología de Salvador Gutiérrez, la morfología de Ignacio Bosque, la sintaxis de Francisco Abad y Rosa Espinosa, la semántica de Ramón Trujillo y, como novedad del canon, la lingüística del texto de Tomás Albaladejo y Antonio García Berrio. La otra parte sustancial desarrolla, en otros tantos capítulos, la lingüística externa: la sociolingüística de M.^a Teresa Echenique, la dialectología de Francisco Abad, la planificación de Francisco Marcos, la historia de la lengua de Alicia

Yllera y la lingüística matemática de Sebastián Serrano. Para el cierre del manual, se añade un informe sobre lenguas minoritarias en España de Xosé Luis García, a modo de apéndice histórico.

Esta disposición da acomodo a una decena de especialidades. Un orden espacial las caracteriza jerárquicamente, ya pertenezcan al endogrupo de la lingüística descriptiva o al exogrupo de la externa, ya provengan de la tradición o de reciente constitución. La acción cartográfica del índice proclama un modelo en que destacan, a simple vista, ausencias llamativas, como las de la fonética o la pragmática, y presencias desusadas hoy como la lingüística matemática. En el índice general se inscribe no solo el guion de contenidos sino el texto constitucional de un mundo científico.

Una presentación del volumen, a cargo de Francisco Abad, da cuenta de la obra. Refiere el objetivo editorial de la obra y, además, el panorama en que esta emerge. La obligada brevedad del texto no estorba la misión informativa del editor. Sin preámbulos, comienza anotando las definiciones de lingüística general que han dado Fernando Lázaro y José Rodríguez Adrados. Esta aparente brusquedad es un recurso de economía expresiva para invocar la postura de dos maestros sobre una cuestión sujeta a debate: la identidad de la lingüística. No hay que inquietarse, pues los capítulos del manual son la respuesta práctica a esa discusión.

La obra aspira a ser la guía de la asignatura de Lingüística General, que se imparte en facultades de letras españolas. Concebirla y editarla no es una tarea fácil, a tenor de las disquisiciones que hace el prologuista entre la lingüística teórica o abstractiva y la general o de mayor ángulo de visión, según lo establecen maestros como Eugenio Coseriu o John Lyons. Este sofisticado debate, que parece dirigido al profesional para justificar el plan de la obra, puede inquietar al aprendiz con ese mensaje escolástico sobre incertidumbres conceptuales. Para alivio del lector, el editor llega a la conclusión de que se trata de una discusión lúbil, porque "en la práctica los temas de teoría lingüística y lingüística general se entremezclan", de ahí que los manuales atiendan a esos dominios de una u otra manera, con indiferencia de qué perspectiva practiquen. Si no se conociera el gusto profesoral por discusiones serpenteantes, un hábito en que parece radicar el

crédito de la profundidad, el lector se sentiría desconcertado por un camino que se recorre para desandararlo.

A continuación, aumenta el grado de exigencia de la presentación, observa el lector novel, con varias páginas dedicadas a un listado de manuales y diccionarios. No es una bibliografía como las que cierran un capítulo, sino una parte de la exposición preliminar. Se impone superar una sensación de aridez al ojear esa enumeración. Hay decenas de títulos casi idénticos que no desvelan claves al aprendiz. Cumplen el papel de reconocer las fuentes, un elenco prestigioso y canónico de la lingüística, atribuibles a Jakobson, Lapesa, Lázaro Carreter, Lyons o Roca Pons.

Queda para el final de la presentación, tocando un ámbito concreto y propio, una nota sobre la edición del libro. Con un giro inesperado se desvela que el propósito de esta *Introducción a la lingüística* es abordar "el estado de la cuestión". Esta declaración es importante porque se desplaza el peso de gravedad del manual al tratado. Maticemos esta cuestión. Normalmente se da por sentado que todo manual ha de aportar la actualidad de la ciencia, pero el objetivo de llegar a la vanguardia de sus estudios puede estorbar la didáctica de iniciación. La aclaración que sigue deja en suspenso al lector. "Cada autor ha añadido al repaso de ese estado enfoques o propuestas de tipo más personal". Es decir, he aquí un anuncio de diversión: la obra no solo alcanza un notable calado científico, sino que refleja libérrimamente el signo de cada autor. Por último, para disculpar alguna laguna sobre novedades científicas que parecerían imprescindibles, el presentador alega que entre la redacción, a finales de los setenta, y la publicación en 1983 la lingüística ha vivido "un progreso constante". El empuje de la ciencia contrasta con la penalidad en la edición.

CONCILIACIÓN DE ESCUELAS

Reconozcamos algunos defectos para ponderar la virtud de la presentación del coordinador. Se inicia con un falso comienzo, *in media res*. Resulta denso y heterogéneo por el paso de la argumentación a una enumeración y, finalmente, a un relato disculpatorio. En referencias fugaces se menciona decenas de lingüistas, como si su conocimiento fuera de dominio público.

Podría pensarse que es una introducción fallida porque no adquiere el tenor de un texto didáctico, tanto por el estilo como por su contenido, con claves poco útiles para los aprendices. También es cierto que carece del atractivo retórico de un discurso encomiástico. No obstante ello y por árida que parezca, su lectura no provoca tedio porque contiene indicios detectivescos sobre el panorama de la lingüística y del orden universitario en que se profesa.

Podría haberse ahorrado al lector la disquisición sobre qué es lingüística teórica y general, pero se le habría hurtado un mensaje implícito que es aún más interesante que unas definiciones: la incertidumbre sobre el rumbo de la lingüística. El prologuista duda, apela a los maestros, se demora en una argumentación tautológica de la que se concluye que lo teórico acoge lo general y viceversa. La enseñanza que extraemos es una incertidumbre sobre el objeto de la disciplina ante la disyunción de varios enfoques. El rodeo discursivo muestra la prudente compostura de los editores, que expresa más por lo que se omite que por lo que se declara.

El pensamiento lingüístico está dividido en escuelas que, a pesar de su parentesco, se consideran incompatibles y se desentienden de sus afines. Forman un escenario que Umberto Eco relaciona con el panorama medieval, fragmentado en escuelas que pugnan por el dominio del canon. Como en un paseo por un retablo medieval, Eco invita a que "entremos en un aula universitaria donde Chomsky divide gramaticalmente nuestros enunciados en elementos atómicos que se ramifican en dos partes, o Jakobson reduce a rasgos binarios las emisiones fonológicas (...), o Roland Barthes lee a Balzac, a Sade o a San Ignacio de Loyola como los medievales leían a Virgilio, rastreando ilusiones opuestas y simétricas" (Eco 1973: 28).

Según Eco, que sostiene la provocativa tesis de que vivimos una nueva Edad Media, la lingüística exhibe los rasgos inequívocos de una medievalización del pensamiento contemporáneo. Como los viejos escolásticos, buena parte de sus escuelas promueven un análisis formalista, al gusto de la lógica y la matemática. Otras escuelas desarrollan recursos de la dialéctica y de la interpretación semiótica. Son variantes de un formalismo ahistórico en que se funden. Compiten por la preeminencia, por una posición dominante como autoridad. Lo hacen porque no hay una

autoridad consolidada. Fue una autoridad Ferdinand de Saussure con el *Curso de Lingüística General* (1916). Estableció el modelo estructuralista, con los principios de la primacía del lenguaje hablado, la lengua como forma y sistema, la arbitrariedad del signo lingüístico, la linealidad de los significantes, las relaciones sintagmáticas y paradigmáticas.

El historiador Pierre Swiggers (1997: 262) sintetiza su valía en una razón: "el gesto de Ferdinand de Saussure será mostrar a los lingüistas qué es lo que hacen cuando practican su disciplina". Además de esta conciencia profesional, como es conocido, Saussure aporta un vocabulario común sobre la teoría del signo y el valor contrastivo de los elementos verbales. Pero hoy estamos en los ochenta. Saussure ya no es la autoridad en la lingüística, cuarteada por los paradigmas axiomático, sociolingüístico, pragmático y cognitivo.

La medievalización del pensamiento lingüístico es el efecto de la desaparición de la autoridad y de una paz científica entre sus escuelas. La prosperidad que atestiguan esas corrientes doctrinales conlleva una rivalidad combativa y excluyente. La caducidad de algunas de ellas, como la esplendorosa y fugaz glosemática de Hjelmslev, deja ruinas junto al camino para la edificación moral de los prescriptores científicos.

En ese entorno de fragmentación y pugna de corrientes, que provoca incertidumbre sobre la utilidad de una obra propedéutica, aparece la propuesta didáctica del manual de 1983. Su sentido radica en la conciliación de escuelas y la armonización de actualidad y tradición de la filología hispánica. La suya no es una labor sencilla. Por una parte, se ha de acotar la producción científica, dada a la hiperactividad neonímica y la creación de tecnolectos, como denuncia Mounin (1975: xi). Por la otra, no basta con atenerse a la lingüística moderna, puesto que la tradición comparatista sigue impulsando la filología hispánica.

Un episodio ilustrativo de este proyecto se halla en el antecedente del libro coordinado por Rafael Lapesa, *Comunicación y lenguaje* (1977), que recoge un ciclo de conferencias sobre especialidades de la lingüística en Madrid en 1974, impartidas por una decena de profesores; por Alarcos, decíamos, y por Emilio Alarcos, Fernando Lázaro y Manuel Alvar, entre otros. Con intención divulgativa y mucha solvencia profesional, esos lingüistas

desempeñaron el cometido de presentar en sociedad una ciencia que estaba adquiriendo un extraordinario prestigio social (Laborda 2016). Sus exposiciones reflejan su reciente acomodación personal a la materia. Viajeros originarios de la escuela positivista de Menéndez Pidal, han transitado por el estructuralismo y se abren paso hacia el generativismo.

Una década separa a los conferenciantes del ciclo de *Comunicación y lenguaje* de los autores del *Manual de Lingüística*. Aquellos maestros formaron a estos jóvenes universitarios, crecidos ya en un orden explícitamente lingüístico. Toman estos la palabra en un rápido cambio de turno, para establecer un libro blanco de la lingüística en los ochenta, un manual de uso en sus cátedras.

No faltan dudas sobre las elecciones hechas para enseñar lingüística a los alumnos de nuevo ingreso. La alambicada argumentación de la presentación lanza pistas sobre la incertidumbre de esa empresa. El tiempo juega en contra del intento, lanzado el mundo académico a una implacable carrera de novedades. Esas novedades aparecen en parte por una creativa capacidad intelectual, en parte por ganar convocatorias institucionales. El prologuista sabe que se ha de ordenar unas bases comunes para recobrar la Gran Pax de la filología tradicional y deshacer así los presagios de crisis, de vietnamización de la disciplina. Ya no se puede apelar al fundador, porque el programa saussureano no es congruente con los estudios de la variación social ni el uso pragmático; más aún, no es compatible con la concepción del lenguaje como sistema individual de capacidades cognitivas.

La elección de una escuela para el manual sería una respuesta radical y excluyente, que ni siquiera se toma en cuenta, porque arruinaría el consenso académico. Esta constatación, que exhibe una faceta política de la ciencia, da crédito al proyecto editorial de la *Introducción a la lingüística*, a pesar de las vacilaciones en que se mueve circularmente su presentador. El encargo incluye capítulos cuyo encaje puede resultar un equilibrio inédito. En esa reunión puede tener cabida el significado, las unidades del texto, las modalidades del discurso, la psicología del habla, la diversidad social, ámbitos estos de frondosas y primaverales especialidades.

La misión de esta publicación didáctica, un objetivo que el prologuista vive como una responsabilidad enrarecida, es asentar los fundamentos

duraderos de una didáctica ante el oleaje que rompe en la lingüística. La misión es conciliar vanguardia y tradición, investigación y docencia, realidad comunicativa y jerarquía universitaria, todo ello en un tiempo de fugacidad. ¿Lo lograrán estos doce profesores? Sobrecargado por esta misión, es comprensible que su presentación ilumine pocos puntos, entre los cuales no está cómo usar el libro ni qué cualidades lo distinguen de otros.

PRIMERAS LECCIONES

El manual contiene doce capítulos, distribuidos en cuatro partes de desigual proporción. Para la primera y la última basta un desvalido capítulo en cada una. Las centrales, sin embargo, tienen una estructura opulenta.

Cada capítulo cuenta como una lección, una exposición larga, prolija y sin lecturas o ejercicios. Hojeándolas como una mancha tipográfica, revelan una identidad más cercana al artículo científico que a las páginas docentes. Sus rasgos: tipografía apretada, párrafos cerrados, escasos gráficos, pocos ejemplos, notas al pie sobre conocimientos de vanguardia y, de remate, extensa bibliografía, cercana al centenar de títulos en algunos casos, acompañada de un comentario general de dicha bibliografía. Encajan estos rasgos con un tratado sistemático y casi monumental, recogido en las 456 páginas del volumen para doce capítulos que valen como prontuarios de las especialidades canónicas.

El primer capítulo, el más extenso y pormenorizado, pergeña una historia del pensamiento lingüístico. Alicia Yllera perfila un panorama histórico como un periplo por sus etapas, que coincide con las edades de la Antigüedad, Edad Media y las épocas Moderna y Contemporánea. Aun teniendo en común un aire de familia, se presenta una curiosa reunión de enanos con gigantes, de secciones tan sucintas y económicas con otras desproporcionadamente pobladas, unos y otros inequívocos anuncios de un presente esplendoroso. La confirmación de ese designio se puede pulsar en las siguientes páginas del manual.

La perspectiva histórica de Yllera es cautelosa, tradicional a riesgo de resultar obsoleta. Sigue la línea comparatista de Hans Arens, el antólogo que en 1955 recogió en un volumen la historia periclitada y en otro, la

frondosa producción decimonónica y el primer estructuralismo, un maestro de la desmesura que pervive fuera de su momento en la lección de la profesora Yllera, porque es especialista en lingüística histórica. Reacios como somos a reconocer las fuentes y su autoridad, en esa historia de la lingüística para principiantes no se menciona al fundador de la disciplina, Vilhelm Thomsen, sutil creador de la materia en 1902. Toda la exposición es un realce cultural del núcleo de la ciencia, la lingüística teórica.

Según la fórmula cualitativa de la *Introducción*, la lingüística teórica se compone de fonología, morfología, sintaxis, semántica y lingüística del texto. Ese es el contenido de la segunda parte, central en la obra, junto con la correspondiente y simétrica de la lingüística externa, dos partes extensas de acuerdo con su naturaleza canónica.

Imparte la lección de la Fonología Salvador Gutiérrez, quien años después se interesará por su opuesta, la pragmática. El atractivo de ese capítulo es la exposición de sus términos en las etapas fundacionales. Sea una originalidad o una respuesta conservadora ante la dificultad de trazar un cuadro general y unitario. Proyecta así la idea de la progresiva construcción de la fonología, en un camino hacia la perfección independiente de la fonética. El funcionalismo de la Escuela de Praga representa la piedra angular en la posición de inicio, de la que surgen tres hilos, el sincrónico, el diacrónico y el morfológico. Detrás de esas revelaciones aparecen las figuras de Roman Jakobson y André Martinet, prolíficos autores de las matrices conceptuales. El relevo llega de diversos lugares, en una contribución a la ciencia con fuentes internacionales. La glosemática danesa avanza impulsada por L. Hjelmslev y H. J. Uldall, bajo el signo de un funcionalismo de corte algebraico. La aportación inglesa está asociada a D. Jones y J. Firth, promotores del análisis prosódico. La terna se completa con el mundo americano, particularmente luengo, que va de L. Bloomfield a Z. S. Harris y C. F. Hockett, pasando por M. Swadesh y G. L. Trager, una tradición poderosa, admirable.

El siguiente capítulo, relativo a la Morfología y firmado por Ignacio Bosque, despierta la atención por un cambio súbito. Si los anteriores comparten la perspectiva histórica, sea como retrospectiva genérica o monotemáticamente sobre fonología, el capítulo de la morfología escoge la

perspectiva opuesta, una exposición abstracta y extática, como la contemplación de un horizonte pleno, estable, en que se extiende un territorio conquistado. El intenso contraste es la causa de nuestra tópica analogía. Bosque instruye con sobria eficacia sobre la morfología y sus métodos. Define el concepto de morfema y alomorfo. Delimita el papel de la morfología en la gramática y su deslinde de la sintaxis y la fonología. Otras explicaciones suyas muestran cómo segmentar y clasificar las unidades morfológicas. Luego vienen las funciones de los morfemas derivativos y flexivos. El repaso de los métodos de análisis convence de la perfección de la lección.

La curiosidad que despierta el capítulo sobre la Sintaxis no es pequeña. Su autoría es doble, de Francisco Abad y Rosa Espinosa. Ante una especialidad de primera categoría, lo previsible era hallar una lección prolija y densa. Pero no, es una de las más breves, pues su guion sigue un esquema selectivo para acoger un contenido ecléctico. Resulta claro el propósito de presentar la espuma de la sintaxis, para así solventar el dilema con que las escuelas lingüísticas desafían al pedagogo. Pero sorprende la combinación de tradición y modernidad, en un arreglo ingenioso para no importunar a los partidistas. La diligencia de los autores, particularmente expeditiva, es un ejemplo de desenvoltura y economía discursiva. Con ese talante magistral definen la sintaxis, comparan los rasgos del estructuralismo y el generativismo. Y concluyen con la explicación sobre tres categorías léxicas: nombre, verbo y adverbio. La sincrética levedad con que se transita por las páginas del capítulo da ánimos al aprendiz.

Un nuevo giro, de inesperada sinceridad, atrapa al estudiante cuando abre el capítulo de Ramón Trujillo sobre la Semántica. El arranque es una confesión sobre la tarea imposible de abarcar la materia. "Resumir el pensamiento semántico en la lingüística actual no es posible –declara al profesor–, ni siquiera en un espacio más largo que éste", añade para desengañar al desinformado. La frase siguiente afirma algo difícilmente imaginable: "Pero tampoco vale la pena hacerlo". El desconcierto puede llevarnos a preguntar por qué, con la sospecha de que sea una invitación a aventar el manual. La respuesta ocupa las treinta páginas del escueto capítulo, pero se resume en la siguiente impugnación de la labor de algunos

colegas: "Llevo veinte años dedicado a esta clase de indagaciones en relación con la lengua castellana y puedo afirmar, sin temor a equivocarme, que se puede prescindir de más del 90 por 100 de todas las baratijas pseudocientíficas que salen todos los días al mercado con el nombre de semántica" (pág. 185). Dicho está.

Si estuviera en juego el entretenimiento, el capítulo sobre la Semántica de Ramón Trujillo Carreño, profesor en la Universidad de la Laguna, sería la elección preferida de cualquier lector. Su texto es una exhibición de la trastienda universitaria, es sus pugnas y banalidades convertidas en dogma. La presencia de un iconoclasta en el manual es un enigma editorial. La postura del profesor Trujillo se resume en el dicitario de que "las semánticas que se han hecho hasta la fecha, la de los estructuralismos de ayer y de hoy, y de la gramática generativa, con todas sus variantes, hoy divulgadas hasta la saciedad, y que como las otras doctrinas mencionadas en primer término, se han deshecho con la simple luz de la razón" (pág. 186). El ponente hace una enmienda a la totalidad, en defensa de una teoría semántica aplicada específicamente a la lengua castellana. Es difícil saber si en realidad su cometido es abogar por la semántica, toda vez que declara que "quizá el gran problema de la semántica esté en su escasa viabilidad como disciplina" (pág. 2001). Con ese estilo pugnaz y una voz a contracorriente está escrito el capítulo más chocante y entretenido del conjunto.

Por una ironía del destino, al texto que se lleva la palma de la oratoria litigante le sigue aquel que muestra el reverso, no en sentido de una apología, sino en el de una compleja y árida explicación, es decir, lo opuesto a una exposición didáctica. Tomás Albaladejo y Antonio García Berrio firman el capítulo sobre la Lingüística del texto. La contigüidad de dos lecciones tan opuestas produce una impresión de aturdimiento, que afortunadamente se supera al descubrir en ambos textos un rasgo común, que explica la intención de sus autores y pone límite a la confusión del lector. Esa afinidad es el alto fin que se proponen los ponentes, más acorde con un ambiente congresual, de debate de especialistas, que de didáctica para principiantes. La clasificación de los diversos tipos de coherencia relativos a identidad, anáforas, conexiones y denotación, por citar una clave

de la lección, invitan a una inmersión conceptual de resultados inciertos. La inclusión de elementos formalizadores y de referencias a maestros parecen recursos de una agudeza dirigida a una audiencia de doctos iguales.

ÚLTIMAS LECCIONES

La naturalidad de la agrupación de capítulos de la lingüística descriptiva se rompe en la parte de la lingüística externa. La sospecha de que acoge materias forasteras y advenedizas planea sobre una reunión heterogénea. Un cajón de sastre, identificado con la etiqueta de externo o periférico, encarrila conocimientos incipientes como la psicolingüística junto a la consagrada lingüística histórica. La circunspección de la obra impresa impide disentir de esa extraña asociación, un recurso posiblemente forzado por la necesidad.

María Teresa Echenique, avalada por una doble licenciatura en psicología y filología hispánica, presenta las nociones de la Psicolingüística. Con un guion analítico, sitúa con claridad la disciplina en el campo de la comunicación, rastrea los antecedentes y describe las escuelas de que se nutre. Advierte las mellas que se producen al colidir los enfoques incompatibles del conductismo y el mentalismo, unas controversias que consumen el vigor de las aportaciones. Ello no sorprende, puesto que en la primera frase del capítulo leemos que "la Psicolingüística es una ciencia en busca de su propia identidad" (pág. 263), si bien la autora se muestra convencida del desarrollo que ha de conseguir. Ese vaticinio merece un cálido reconocimiento por dos razones: la plenitud alcanzada hoy en día; y la menesterosidad que muestra en la época de redacción, en que alientan más esperanzas que resultados. En su momento, la desilusión o la indiferencia pudieron haber sido la reacción más piadosa.

La Dialectología y la Poética aparecen en la siguiente lección de Francisco Abad. Los componentes de la exposición aportan los extremos de la tradición y de la modernidad lingüísticas, articuladas bajo la clave sociolingüística de la variación. La intención es audaz, toda vez que parece una reunión inusual. La geografía lingüística, que se ocupa de las variedades dialectales, atesora un dilatado historial en la escuela idealista.

Exhibe el monumento experimental y descriptivo de los atlas lingüísticos. Como transición expositiva, se incluye un apartado sobre los términos y objetivos de la sociolingüística escrupulosamente elaborado. La última parte, que se ocupa de la variedad literaria, permite al ponente resumir las aportaciones de la estilística y apuntar su derivación hacia una teoría literaria o poética. Esta hábil vinculación de elementos dispone un caudal de la filología hispánica y del estructuralismo. La síntesis del capítulo tiene el encanto de una libre combinación de disciplinas que, por lo general, se desenvuelven sin ningún apego. En este texto se recoge un punto de vista madurado con esmero por su autor.

Una continuación especializada de lo que acabamos de comentar se realiza en el siguiente capítulo, "La planificación lingüística", a cargo de Francisco Marcos Marín. Versa sobre el estudio del lenguaje para dirigirlo. El autor cita en primer lugar, como fuente desaprovechada, a Dámaso Alonso, al que le siguen los de la influyente sociolingüística anglosajona. El horizonte de estudio es tan amplio que abarca desde las interferencias del pidgin y el criollo hasta la diglosia en comunidades de lenguas hispánicas. En este capítulo se palpa la vanguardia concreta de la especialización. Asume así una condición osada como material docente, que tanto puede resultar excesivamente específico como fascinante por su toma de contacto con una realidad digna de aprendizaje.

El breve repertorio sobre Sociolingüística, compuesto por Abad y Marcos, tiene su correlato en el ciclo histórico que desarrolla Alicia Yllera. El primero es el de historia de la lingüística, ya comentado. En esta otra parte sobre lingüística externa aporta una continuación, desde el punto de vista de la lingüística histórica. Aquí no se centra en las personalidades científicas sino en la teoría: leyes fonéticas y factores de cambio, paleontología lingüística y glotocronología. La lección se extiende más allá de lo comúnmente divulgado y defiende la actualidad del historicismo. Instruye sobre la consecución de sus objetivos en las escuelas estructuralista y generativista. La noticia de los estudios históricos sobre el cambio lingüístico en la lingüística moderna deja suspenso al lector, indeciso entre la confianza y la incredulidad. Fuera de toda duda queda la implicación de la profesora Yllera

en la lingüística histórica, favorecida con una inverosímil cuarta parte del manual.

El capítulo de Lingüística matemática, de Sebastià Serrano, pone fin a la sección de disciplinas externas. Como la psicolingüística, presenta una naturaleza incipiente, a pesar de la sólida tradición de su fuente, la lógica formal. La lección revisa las nociones y las notaciones de diversas demostraciones, tan apreciadas en la época porque se toman como un instrumento radical para representar el orden abstracto y universal de las lenguas. Un nuevo alfabeto y unas reglas son los elementos de gramáticas lógicas. Permiten reescribir e interpretar manifestaciones verbales como subsecuencias de conjuntos metódicos. Con este utillaje se busca superar el límite de la descripción lingüística y asentar el paradigma generativo en una nueva filosofía del lenguaje. Sin embargo, las expectativas de la ocasión vislumbran una aplicación en la lingüística estadística y computacional, que viene a ser una reubicación cuantitativa de la materia.

El libro ofrece un último capítulo, único miembro de la cuarta parte para un cambio de perspectiva. Ese texto cuenta como una salida del mundo introspectivo que se acaba de explorar. Permite hacer ciencia a cielo abierto y tratar de la lengua en sociedad. Xosé Luis García Arias analiza el panorama de las lenguas minoritarias de la península Ibérica. Este trabajo tiene el valor de un informe sobre la materia. Su estilo sobrio encaja bien en un entorno documental de especialistas. Con mentalidad retrospectiva, se parte de conceptos de dialectología histórica y de sociolingüística, para arribar a un inventario esquemático de las lenguas minoritarias, gallego, asturiano, vasco, aragonés y catalán. La sucinta descripción de estas lenguas, en ausencia de nervio didáctico, refiere información de anuario sobre sus límites territoriales y una cronología de hechos políticos y académicos. El capítulo tiene alma de apéndice.

RETRATO DE UNA GENERACIÓN

Al completar la descripción de la obra coordinada por Francisco Abad y Antonio García Berrio, esta *Introducción a la lingüística* de 1983, surge la duda de si con ello damos una noticia suficiente o incluso oportuna sobre su

contenido. Para rescatarla del olvido, hemos recurrido al recurso de resumir las ideas y señalar el estilo expositivo con que se expresan. De capítulo en capítulo, como quien sigue con el dedo el progreso de una lectura en voz alta, esperábamos captar así el sentido unitario de una producción colectiva. Pero la enumeración de esas secciones elude el cometido que nos habíamos propuesto. No desvela otro sentido que la literalidad de doce lecciones, apergaminadas por la combustión de una ciencia que no se reconoce en los retratos antiguos.

Esta *Introducción a la lingüística* no es solo un producto colectivo, con las diferencias naturales que introducen sus voces, especialistas de cada disciplina. En ello se resume la enseñanza explícita, en sus doce lecciones sobre la lingüística descriptiva y la externa. Pero la obra didáctica también tiene en un segundo plano una naturaleza que es heterogénea, contradictoria y ambivalente. Sobre la enseñanza de esas tres cualidades profundas parece interesante indagar o, cuando menos, hacer algún comentario, para así entreabrir la puerta de la historia y atisbar alguno de los sentidos que guarda.

A. *Heterogeneidad*

El trabajo en equipo es una solución productiva. Pero requiere conformidad de los participantes con las directrices impartidas, una cualidad cara incluso entre académicos. Volviendo al manual, la oportunidad de ser creativo es una tentación menor en comparación con el ajuste del registro a un texto didáctico, como si abandonar en esa ocasión la densa prosa académica fuera una traición imborrable. El manual centellea y se tensa con los rasgos personales de los autores. Esperar que, como un disciplinado actor, se fundan en su modesto y específico papel no fue realista. No para el conjunto de autores, de ahí que por lo general los manuales suelen ser creaciones de uno o pocos autores.

El estilo de este manual es original y heterogéneo. Algunos de sus autores sobresalen por encima de sus páginas. El más llamativo, Ramón Trujillo, sorprende con la diatriba contra la semántica usual y la apología de otra idiosincrática. Como en un elenco actoral, el litigante acude acompañado de

otros personajes. Unos representan lo que son, probos docentes, y alguno más se comporta como un comunicador hermético.

Por extraño que parezca, ambas formas de expresión, la personal y la impersonal, están vinculadas a una identidad subjetiva. El exceso o el defecto al hablar en nombre propio remite a una presencia del yo y su discordante individualidad en ese manual. La heterogeneidad, es decir, la peculiar presencia de cada pluma solo es el síntoma de un desarreglo de mayor calado: la contradicción en sus fines. La excelencia de un manual se prueba en la adecuación del contenido a la función docente. Los principios rectores pueden ser la claridad expositiva y una maqueta gráfica, la adecuación conceptual y su vigencia teórica, las referencias documentales y los ejercicios. Las fórmulas tienen éxito en un concurso de factores, editoriales como los indicados, pero también del prestigio de la autoría y de política universitaria. Hay una condición que no es fruto del azar, la calidad. Un manual de lingüística celebrado, el de A. Akmajian, R. A. Demers y R. M. Harnish (1979), se inicia con una declaración que parece una obviedad: "Este texto es el producto de muchos años de colaboración entre los autores". Explica en parte la razón de su duradero éxito, pues en 2010 publicó su sexta edición, beneficiado también porque sigue una escuela lingüística originaria del MIT.

B. *Contradicción*

La *Introducción a la lingüística* editada por Francisco Abad y Antonio García Berrio acredita algunos méritos docentes, pero contradice su propósito propedéutico. Ello se colige de la plúmbea maqueta, un grafismo enteco, la provisión sincopada de información, la clausura de toda práctica en un inventario de fuentes documentales. Además de estos desdorsos compositivos, el desbordamiento expresivo de algunos autores, como se ha dicho, desgasta el carácter o *ethos* que debe asumir una autoría colectiva. Lo que aprovecha de esas voces docentes, cuando están concertadas, es que incluyan en su pensamiento la presencia del aprendiz, con quien han de dialogar. El principio pedagógico manda prescindir del yo –salvo el carismático– para atender al tú, es decir, el destinatario.

Para señalar la contradicción entre lo pretendido y lo realizado basta con dejar hablar a la propia obra. En la propia Presentación, el coordinador da cuenta de dos objetivos incompatibles: la redacción de un manual de iniciación y la exposición del estado de la cuestión. La consecuencia es que la función científica desmantela inclementemente la didáctica. Además del incierto proyecto editorial, dos móviles desencadenan ese resultado, el oficio y el prestigio académicos. El oficio va adherido a la pericia de la escritura erudita, que se muestra profunda y prolija, pero no tersa ni flexible. El prestigio impone un registro profesional, enfático y rígido, escasamente compatible con otros géneros profesoraes. Hay excepciones, por supuesto, como atestigua la producción didáctica de Fernando Lázaro Carreter (1981) y Jesús Tuson (Tuson 1984, Laborda 2018).

C. Ambivalencia

Como eslabones de una cadena causal, la heterogeneidad expresiva y la contradicción teleológica conducen nuestro comentario al último factor, la ambivalencia. El juicio que suscita el manual introductorio no puede atenerse solo al valor que declara, el pedagógico. Su resultado no sería halagüeño. Por ello es oportuno realizar una interpretación más amplia. Lo interesante y excepcional es que en esta obra confluyen dos valores, uno explícito y material, otro subyacente y simbólico. Sobre el primero, el desempeño de la guía didáctica, entorpecido por una edición laxa y dilatada, responde a una razón instrumental. La convicción de los autores en el éxito de tal tarea es un enigma, toda vez que conocen la bisoñez del equipo que forman y la calidad del catálogo con el que compiten, las solventes introducciones de J. Lyons (1968), F. Rodríguez Adrados (1969), J. Roca Pons (1973) o R. Lapesa (1977). El balance decepciona. La única edición de la *Introducción a la lingüística* de 1983 de que tenemos noticia da cuenta de una recepción esquiva y predecible, a pesar de la gran audiencia a que podía aspirar.

El sentido del proyecto editorial no se agota con la publicación de un manual. Que la obra sea irregular y capitidismuida, que no despierte complacencia, no comporta que la empresa haya fracasado. La edición no es un fin sino el medio de otro propósito colegiado: un concilio académico.

Si nos fijamos en una de esas obras inmediatas, la coordinada por Rafael Lapesa, *Comunicación y lenguaje* (1977), apreciamos que es un título válido como introducción a la lingüística, por su brevedad, selección, claridad y relevancia de los autores. Firman el libro Emilio Alarcos, Fernando Lázaro, Manuel Alvar, Antoni Maria Badia, Eugenio de Bustos, entre otros además de Lapesa, pléyade de lingüistas que han formado a los autores del nuevo manual.

La *Introducción a la lingüística* dirigida por Abad y García Berrio señala la presencia conjunta de una joven generación de lingüistas. Con la cobertura práctica de un material docente, hacen una presentación diferida, que es documental y literaria, en lo que representa un libro blanco de la lingüística. Contiene el inventario glosado de las disciplinas de la ciencia del lenguaje. A pesar de las pretensiones manifestadas, ese repertorio doctrinal no es ni un atractivo manual ni un informe de frontera, modalidades que se desea satisfacer a pesar de su incompatibilidad.

El libro tiene sentido como otro objeto. Implícitamente, quizá sin que de ello tengan conciencia los redactores, aporta un memorial para el currículo universitario de la asignatura. La contribución queda avalada por doce jóvenes profesores, que proceden a partes iguales de las universidades de Madrid y del resto del Estado. Son los editores y autores Francisco Abad y Antonio García Berrio, junto con Tomás Albaladejo, Ignacio Bosque, M.^a Teresa Echenique, Rosa Espinosa, José Luis García Arias, Salvador Gutiérrez, Francisco Marcos Marín, Sebastián Serrano, Ramón Trujillo y Alicia Yllera. Constituyen el rampante relevo, en parte renovador, pero también continuista, del respetado grupo que preside Rafael Lapesa en el libro de conferencias de la década anterior. Dos autores del manual de 1983, Ignacio Bosque y Francisco Marcos Marín han narrado su trayectoria en la lingüística, treinta años después de esa publicación (Laborda, Romera y Fernández 2014).

INFLUENCIAS DE MANUAL

Los retos de una obra de especialidad o aquella para una corriente académica empalidecen ante la tarea de redactar un manual de introducción

a la disciplina. Parece un contrasentido, pero el entorno de especialidad o de una escuela aporta un consenso apacible y firme. Ello difiere de las exigencias que ha de satisfacer el autor de una obra propedéutica. El pedagogo generalista convence tanto por la síntesis de contenidos como por la actualidad de las nociones. Se rige por los principios de selección conceptual, vigencia científica y sagacidad expositiva.

Ponderar elogiosamente la didáctica generalista parece un empeño condenado al fracaso, además de despertar desconfianza en el criterio del ponente. A lo sumo, el pedagogo puede aspirar a un buen resultado comercial, si satisface una demanda formativa. Ese juicio condescendiente es razonable por dos motivos. Dictamina sobre una labor secundaria como la docencia y, por añadidura, elemental por su función introductoria.

Sin embargo, esta postura describe lo obvio y negligente aquello que queda en un plano de influencias capitales. Lo determinante está en el paradigma imperante y la vinculación personal. La docencia proyecta un paradigma y promueve su hegemonía científica. Cuando el claustro elige un manual utiliza un recurso de política científica cuya influencia en la audiencia es directamente proporcional a la generalidad de sus contenidos. Quien ha tenido experiencias electivas en una reunión de profesores puede aportar una reflexión valiosa sobre procesos e intereses corporativos en la didascalía. Qué se enseña y qué se posterga tiene que ver con la vertiente dominante de la docencia. En correspondencia con este factor influyente se desarrolla el vínculo que el aprendiz puede establecer con la obra. Se trata de un vínculo en parte cognitivo, porque ha obtenido de esa obra la guía conceptual en sus inicios. Pero es algo más que un material instructivo, porque crea un vínculo afectivo, amasado con la seguridad de lo aprendido y la familiaridad de un trato que perdura en el recuerdo.

Como practicante de la disciplina, el comentarista está advertido del patrocinio que han ejercido en su formación inicial varios autores: el fundador, Ferdinand de Saussure y el *Curso de lingüística general* (1916); el sagaz divulgador José Roca Pons en *El lenguaje* (1973), que enlaza filología y lingüística; el célebre John Lyons y su *Introducción en la lingüística teórica* (1968), en que promueve la inverosímil incorporación de la semántica al generativismo. El gesto de tomarlos entre las manos o abrir

sus páginas aviva involuntariamente vagas sensaciones de lo vivido. La dimensión personal redime esas obras didácticas de la irremediable caducidad que arrostran.

La experiencia subjetiva identifica un manual con una puerta temporal de su educación. La anécdota no merecería una mención si no revelara, con su repetición en cada uno de nosotros, una realidad general, la de que el poder de la educación no es una propiedad individual sino comunitaria, como atestigua Werner Jaeger (1933: 3) en el estudio de la *paideia* griega. Lo particular, la conciencia de un sujeto sobre su aprendizaje, como afirma, no es una contingencia sino la manifestación del influjo de la comunidad sobre sus miembros. La educación de la que forma parte la obra didáctica es el producto de la conciencia viva que rige una comunidad científica.

El manual es un objeto trascendente. Afecta a la generalidad de practicantes, pues los prontuarios aparecen en la raíz educativa del especialista. Más aún, las obras didácticas están implicadas en la estructuración interna de las ciencias, con sus conceptos clave y el despliegue de un nudo de disciplinas. El espíritu científico que recoge el esquema didáctico determina proféticamente el desarrollo de sus proyectos.

CONCLUSIÓN: FIN DE CICLO

La obra didáctica *Introducción a la lingüística*, publicada en 1983, fue dirigida por Francisco Abad y Antonio García Berrio. El elenco de profesores que la redactó estaba formado por Tomás Albaladejo, Ignacio Bosque, M.^a Teresa Echenique, Rosa Espinosa, José Luis García Arias, Salvador Gutiérrez, Francisco Marcos Marín, Sebastián Serrano, Ramón Trujillo y Alicia Yllera, además de los coordinadores. Como ramas de la lingüística descriptiva, se ocupan de la fonología, la morfología, la sintaxis, la semántica y el textualismo. A su vez, como disciplinas de la lingüística externa atienden a la psicolingüística, la dialectología, la sociolingüística, la gramática histórica y la lógica matemática. El prolegómeno sobre la historia del pensamiento y el apéndice de lenguas minoritarias completan el índice del manual.

Los autores no se contentan con realizar un prontuario. Suspenden el propósito de ofrecer una sumaria exposición de lo más sustancial, en contradicción con lo que anuncia el título, para tantear el rango del tratado. Esa elección temática y el descuido en los recursos didácticos menoscaban la calidad de la obra. Los méritos de una publicación congresual son aquí deméritos: exposición densa, maqueta parca, guion de ponencia y omisión de la práctica. Las diferencias estilísticas y la alternancia de puntos de vista históricos y sincrónicos comunican mensajes heterogéneos e intrincados.

En definitiva, el atractivo de la ilustrada concurrencia de jóvenes profesores no compensó la roma aptitud pedagógica del texto. La expectativa de un manual común en las facultades españolas se deshizo. Sin embargo, el fracaso editorial no significa un amargo final para esta empresa. La iniciativa cumplió implícitamente un cometido corporativo: el concilio o encuentro memorable de una nueva generación de lingüistas. Ellos aparecieron en una tribuna impresa para tomar el relevo de sus maestros, aquellos que habían publicado una colección de conferencias en 1977 bajo la dirección de Rafael Lapesa.

El olvido de la obra y el desconocimiento de estos objetivos no es atribuible a sus protagonistas. Al menos, no de manera absoluta. El rastro de su *Introducción a la lingüística* se disolvió en un panorama competitivo de figuras internacionales y de escuelas excluyentes. Sin embargo, en esa obra colectiva están inscritos los ideales docentes y científicos de un grupo generacional del 83. Representa un libro blanco de la lingüística en España, que exhibe el rasgo idiosincrático de la tensión entre la tradición filológica y la modernidad estructuralista. El procedimiento de un turno de intervenciones permite encuadernar un libro de acuerdos o, más propiamente, de propuestas doctrinales. En él queda anotado lo que importa tener presente al aprendiz, si bien ese particular libro de asiento está acuciado por la caducidad del conocimiento lingüístico, como advertía el prologuista.

La incertidumbre sobre el conocimiento de la actualidad es una contrariedad inevitable, dada la prosperidad de la disciplina. De esa volatibilidad participan el saber y también factores de política científica y corporativa, que impulsan la rivalidad de escuelas, deseosas de asumir la autoridad.

Estas pugnas son el rescoldo del prodigioso efecto que había producido la lingüística en los años sesenta y setenta, cuando brillaba como la ciencia del futuro. En palabras del filósofo Félix de Azúa, la lingüística fue entonces “la utopía del conocimiento, un mito que parecía tener vida propia” (Azúa 2013: 38). Pero en los años ochenta ya no se guarda una opinión tan cálida de aquella teoría vanguardista. Las complicaciones y los excesos del mundo universitario han arrumbado aquel tópico cultural. La producción de la *Introducción a la lingüística* de F. Abad y A. García Berrio adquiere un sentido más claro si lo situamos en una época de intensa aceleración. Sus tópicos, figuras e instrumentos han entrado en combustión.

La consulta de *La Introducción a la lingüística* estimula el orgullo del coleccionismo. Su efecto trasciende la emotividad porque alumbró un sentido histórico. En ello reconocemos alusiones retrospectivas y, a la vez, proyectivas, que implican a los prestigiosos autores y sus discípulos, a los materiales docentes y las corrientes que promueven. El estudio de los manuales anima a discurrir sobre su magnitud. El texto de 1983 nos persuade de que el ideal pedagógico parece inaccesible, toda vez que su resultado produce una satisfacción mediocre. El conocimiento de sus rasgos y defectos permite impugnar unas prácticas de didactismo manido, cuyo mayor estrago es disuadirnos de pensar a fondo en el lenguaje y la comunicación. Un sentido histórico y aplicado como éste, ni que sea entrevisto fugaz y parcialmente, aviva la creencia en una más útil clarividencia de este tipo de lecturas. Para concluir, en el caso del que nos hemos ocupado, el recuerdo del libro colectivo de 1983 nos proporciona una imagen sumaria y provisional de una generación. En este manual de iniciación en la lingüística hallamos el retrato que da vida a una época.

BIBLIOGRAFÍA

Abad, Francisco; García Berrio, Antonio, coord. (1983). *Introducción a la lingüística*. Madrid: Alhambra.

<https://dialnet.unirioja.es/servlet/libro?codigo=556757>

Akmajian, Adrian; Demers, Richard A.; Harnish, Robert M. (1979). *Lingüística: una introducción al lenguaje y la comunicación*. Madrid: Alianza, 1984.

- Azúa, Félix de (2013). *Autobiografía de papel*. Barcelona: Mondadori.
- Eco, Umberto (1973). "La Edad Media ha comenzado ya", en U. Eco, F. Colombo, F. Alberoni, G. Sacco, *La nueva Edad Media*. Madrid: Alianza, 1984.
- Hockett, Charles (1958). *Curso de lingüística moderna*. Buenos Aires: Eudeba, 1971.
- Laborda, Xavier (2016). "Tradición oral y simbolismo de la lingüística. Las conferencias Comunicación y lenguaje (Madrid, 1974)". *LinRed* 14 (18-06-2016).
- Laborda, Xavier (2019). "Manuales introductorios a la lingüística de Jesús Tusón (1980-2011)". *LinRed*, XVII, 25-05-2019.
- Laborda, Xavier; Romera, Lourdes; Fernández Planas, Ana M., eds. (2014). *La lingüística en España: 24 autobiografías*. Barcelona: Oberta Publishing.
- Lapesa, Rafael, coord. (1977). *Comunicación y lenguaje*. Madrid: Karpos.
- Lázaro Carreter, Fernando; Tusón Valls, Vicente (1981). *Curso de lengua española (COU)*. Salamanca: Anaya.
- Lyons, John (1968). *Introducción en la lingüística teórica*. Barcelona: Teide, 1971.
- Roca Pons, Josep (1960). *Introducción a la gramática*. Barcelona: Vergara.
- Roca Pons, Josep (1973). *El lenguaje*. Barcelona: Teide.
- Rodríguez Adrados, Francisco (1969). *Lingüística estructural*. Madrid: Gredos.
- Swiggers, Pierre (1997). *Histoire de la pensée linguistique*. Paris: Puf.
- Tusón, Jesús (1980). *Teorías gramaticales y análisis sintáctico*. Barcelona: Teide.
- Tusón, Jesús (1984). *Lingüística. Una introducción al estudio del lenguaje, con textos comentados y ejercicios*. Barcelona: Barcanova.